

XVII

Noviembre

“*Ecce Homo*”... He aquí al Hombre de todos los dolores, al Salvador Jesús, tras de esa Hostia... Doblemos la rodilla, adorémosle en la suave y vencedora majestad de ese misterio... ¡Oh!, viene seguramente en busca nuestra, ya que en el Paraíso tiene legiones de ángeles... Miradle..., se acerca como le vio un día su sierva Margarita María...; viene sin fulgores de sol, sin diadema, maniatado, perseguido... Trae el alma abrumada de angustias... cargados de lágrimas los ojos... Busca un huerto de paz en dónde orar en su agonía, y ha venido aquí, trayéndonos una confianza de caridad infinita, y de infinita tristeza... Callad, hermanos, y en el silencio del alma, olvidados del mundo, desligados por un momento de los mezquinos intereses de la tierra..., oíd al Señor Jesús en esta Hora Santa... Contempladle bajo la figura dolorida, ensangrentada del *Ecce Homo*, tal como se apareció en Paray-le-Monial a su primer apóstol y confidente, para reclamar de sus amigos un amoroso desagravio...

“¡Oh, buen Jesús: al comenzar esta Hora Santa, déjanos besar con delirios de amor, con pasión del alma, con embriaguez de cielo, la herida encantadora del Costado, y permítenos llegar, por medio de ese ósculo dichoso, hasta lo más recóndito de tu divino y agonizante Corazón!”.

(Presentadle el pedido íntimo que queréis hacerle en esta Hora Santa).

Voz del Maestro. Hijitos míos, ¿queréis brindar un asilo de amor, un abrigo de fidelidad a vuestro Dios, perseguido por el huracán maldito de la culpa?... Es cierto que no veis hoy día mi cuerpo hecho pedazos...; pero creed que no han cesado los crudelísimos azotes... No veis tampoco que el llanto inunda mis mejillas...; pero ¡con qué furor penetran en mi frente las espinas!... No está a la vista la congoja mortal y la agonía de Getsemaní...; pero, ¡ay!, sus indecibles amarguras llenan hasta los bordes el cáliz de mi abandonado Corazón... El pecado no da tregua a mis dolores... Ese torrente de inquietud me persigue hace veinte siglos, sigue mis pasos, iracundo... Quiere devorar la

obra de mi sangre...; quiere condenar las almas... “¿Qué pude hacer por mi rebaño que no lo haya hecho?”... El sacrificio de mi cuerpo, de mi alma, de mi Corazón; el holocausto del Calvario y de la Eucaristía..., todo está consumado... Y, con todo, la culpa avanza, como hálito del infierno, penetra en las conciencias, mata en ellas mi amor... y la gloria de mi nombre... ¡Ay! Abridme pronto, vosotros mis amigos, abridme el refugio cariñoso de vuestros corazones... Ponedme al abrigo de la noche fría, lóbrega, del pecado que envuelve al mundo... Tendedme, hijitos míos, alargadme con caridad filial los brazos... ¡Oh, no es el recuerdo del Calvario el que me hiera..., es el pecado de hoy el que atraviesa sin piedad mi desolado Corazón!... Ved: estoy llorando ahora mis tristezas; estoy desahogando entre vosotros la tempestad de mis dolores... ¡Y en el mismo instante, millares de saetas se clavan en la llaga sangrienta de mi pecho!... ¡Oh, dad albergue de caridad y de ternura, en vuestras almas compasivas, a este Jesús, el eterno ultrajado y perseguido de la culpa!...

(Pausa)

El alma. Jesús, Rey de los altares y Soberano de las almas: ven y asienta tus reales de dominio en estos corazones... No serás entre nosotros el huésped, sino el Padre y el Monarca..., no el peregrino, sino el Redentor desagraviado y el Señor mil veces bendecido... Ven... Y si es constante la ofensa de la culpa..., más constante aún ha de ser el homenaje de nuestro humilde desagravio... Abre tu prisión, señor Sacramentado, y que los ángeles que rodean tu pobre tabernáculo se unan a los amigos leales de tu Eucaristía, para decirte:

(Todos en voz alta)

¡Corazón Santo, tú reinarás!

No obstante los esfuerzos desesperados del infierno, que anhela la desdicha eterna de las almas.

¡Corazón Santo, tú reinarás!

A pesar de la fragilidad humana, que impele a tantos por la pendiente del abismo...

¡Corazón Santo, tú reinarás!

No obstante la furia de tantos enemigos de tu moral intransigente y de tus dogmas invariables...

¡Corazón Santo, tú reinarás!

A pesar de los ataques con que la razón y las sabidurías vanas de la tierra se alzan para derrocarte del altar...

¡Corazón Santo, tú reinarás!

No obstante la licencia vergonzosa, que muchos pretenden erigir en ley natural de la conciencia...

¡Corazón Santo, tú reinarás!

A pesar del artificio con que se trama noche y día en contra de la Iglesia, del hogar y de la infancia...

¡Corazón Santo, tú reinarás!

No obstante la sacrílega legalidad de tantos atentados de lesa majestad divina...

¡Corazón Santo, tú reinarás!

A pesar del odio de los gobernantes, excitados por el poder de tu humildad y de tu silencio...

¡Corazón Santo, tú reinarás!

No obstante los ataques airados de la prensa, de las leyes y de las sectas, poderes conjurados en ruinas de tu gloria y de tu reinado entre los hombres...

¡Corazón Santo, tú reinarás!

(Pedid con todo fervor el reinado del Corazón de Jesús).

Voz del Maestro. ¿Por qué, decidme, confidentes muy amados, por qué los hijos de las tinieblas son con frecuencia más prudentes y esforzados que vosotros, los hijos de mi dolor y de la luz?

Vedlos a mis enemigos, perpetuamente afanados en aislarme en el Sagrario, y luego, en derribar mi altar... No se dan descanso en el propósito de anular mi ley, de dispersar mi sacerdocio y de aniquilarme en las conciencias de los hombres... Y vosotros... y tantos de los míos, ¿qué habéis hecho?... ¿Cómo no habéis podido velar una hora conmigo?... Y por cansancio, por preocupaciones terrenas..., por debilidad de carácter..., por falta de amor a vuestro Dios y Maestro, habéis descansado, mientras Yo agonizaba... Dormíais tranquilos, entre vuestro Salvador agonizante y la turba enemiga que venía a prenderle... No habéis amado así, seguramente, a vuestros padres, a vuestros hermanos, a los amigos íntimos de vuestro corazón... Y para mí, sólo para mí, ¿por qué no habéis tenido fineza ni resolución en el amor?... Me prometisteis generosidad... bendije y acepté vuestra buena voluntad..., y, a poco, desfallecisteis y fui olvidado... Os perdoné tantos desvíos, olvidé tantos olvidos..., y vosotros, los de mi casa, vivís a menudo en un sopor de tranquila indiferencia que me lastima cruelmente... Un sueño de apatía..., de egoísmo, de desamor por mi persona os rinde... Levantaos ya...; despertad de esta tibieza... Se acerca el enemigo que trae el ultraje para vuestro Dios..., y para vosotros, las cadenas y la muerte... Ha llegado la hora milagrosa de una sincera conversión... ¡Oh, venid y acompañadme, si preciso fuera, hasta el Calvario!... No queráis abandonarme, ovejitas mías, cuando hieran al Pastor...

(Pausa)

El alma. ¿Qué tengo yo, ¡oh, Dios escarnecido!, que Tú no me hayas dado?... Aliéntame, Jesús, y haz que te siga, sin vacilaciones, en las dulces exigencias de tu gracia y de tu amor...

¿Qué valgo yo, si no estoy a tu lado?

Y porque reconozco mi nada y mi impotencia... te ruego no quieras dejarme de tu mano, no consientas que me aleje por un día del Sagrario...

Perdóname los yerros que contra ti he cometido...: son tantas las flaquezas de mi corazón... Perdónalas y olvida...

Pues, la mucha sangre que derramaste.

Y la acerba muerte que padeciste.

No fue por los ángeles que te alaban, sino por mí y por tantos tibios e indolentes en el ejercicio de tu amor, que te desoyen y te ofenden...

Por eso, en esta Hora Santa, al renovar los propósitos de fervor en tu servicio, consiente que te diga con dolor del alma:

Si te he negado, déjame reconocerte; si te he injuriado, déjame alabarte; si te he ofendido, déjame servirte, porque es más muerte que vida la que no está empleada en el santo servicio de tu gloria y para consuelo y triunfo de tu Divino Corazón.

(Confesadle vuestra tibieza y pedid fervor perseverante en su servicio).

Voz del Maestro. ¿Cuántos sois los que veláis conmigo en esta Hora Santa?... Es cierto que es grande vuestro amor... ¡Ah, sí!, pero inmenso, insondable es el amargo océano de delitos y de orgías, que a esta misma hora, está saturando de tristeza mortal mi Corazón... ¡Qué frenesí de pecado..., qué desenfreno en el torbellino humano que va pasando ahora mismo ante mis ojos!...

¡Oh, qué escenas de muerte, qué espectáculos de infierno... qué vértigo de pasión sensual en el teatro!... El gran mundo aplaude y ríe ante un escenario donde a mí se me flagela... Si supierais cómo me despedaza el alma dolorida la gran mentira que llaman civilización moderna... ¡Ah, cuántas fiestas de mis hijos son la befa y el Calvario de su Padre y Salvador!... Sólo vosotros, mis amigos, podéis adivinar la congoja de este agonizar perpetuo en un patíbulo, levantado por los míos... ¡Cómo se presentan a mi vista las grandes capitales... orgullosas como Nínive... desenvueltas como Babilonia!... En ellas mi Evangelio es una exageración intolerable... Vosotros, mis consoladores, que habéis penetrado tan adentro en mis tristezas, poned un bálsamo en mi

herida... Reparad, vosotras, esa embriaguez culpable y acallad, con una plegaria fervorosa, el clamar que, en esta misma noche, en centenares de salas, de banquetes, de fiestas, de bailes y teatros, se levanta como marejada de fango, insultando la santidad de mi Evangelio y la blancura de la Hostia...

El alma. ¡Oh, sí, Maestro!: baje de una vez fuego del cielo, que purifique, que perdone y salve a millares de infieles, que viven sin amor, amando locamente la materia y lo nefando...

Para tantos que derrochan dinero y juventud en la disipación de placeres mundanales que te ofenden...

(Todos, en voz alta)

¡Misericordia, y sálvelos tu dulce Corazón!

Para aquellos que luchan, tolerando los pecados públicos, que trafican en la profanación de la conciencia y de los sentidos...

¡Misericordia, y sálvelos tu dulce Corazón!

Para los pervertidores de almas, que en la Prensa y en los libros se enriquecen, condenando a sus hermanos...

¡Misericordia, y sálvelos tu dulce Corazón!

Para aquellos que tienen el tristísimo negocio de excitar pasiones en la escena teatral, donde todo es permitido, so pretexto de arte...

¡Misericordia, y sálvelos tu dulce Corazón!

Para tantos débiles que, desoyendo su conciencia, cooperan con remordimiento al escándalo social de modas y teatros...

¡Misericordia, y sálvelos tu dulce Corazón!

Para tantos que, relajado su criterio de cristianos, no ven mal ninguno en el atropello a tus santos mandamientos...

¡Misericordia, y sálvelos tu dulce Corazón!

Para aquellos que, por su cargo, debieran evitarte, Señor, gravísimas ofensas, y no lo hacen por timidez o por transacción mundana...

¡Misericordia, y sálvelos tu dulce Corazón!

(Reparemos los pecados públicos y sociales con que se ofende a Jesucristo en el mundo entero).

Voz del Maestro. “Pueblo mío, heredad preciosa de mi Corazón, ¿qué te he hecho... o en qué te he contristado?... ¡Respóndeme!... Desde aquí en la Hostia, contemplo, noche y día, el hogar de mis cariños, el campamento del Israel de mis ternuras, la grey pequeñita de los que me juraron amor eterno... Desde aquí pongo los ojos en el corazón de mis amigos, de los que yo he querido con predilección... Desde aquí sigo los pasos de los que tengo predestinados al banquete de mi amor y de mi gloria... ¡Ay!, cuántos de ellos arrancan de mis ojos las lágrimas que lloré sobre Jerusalén, mi patria... ¡Cuántos que fueron íntimos de mi alma son ingratos! ¡Cuántos gozan lejos de mi lado, muy lejos... los bienes de talento, estimación y de fortuna con que los colmé para hacerlos santos... Sus tronos están colocados entre los príncipes del reino de los cielos!... ¡Oh, cuántos de esos sitiales, perdidos por ingratitud, los daré a pecadores arrepentidos, que oyeron mi llamada en la agonía!...

Para olvidar principalmente ese pecado, el más amargo, para endulzar el cáliz de la ingratitud humana, pedí a mi sierva esta campaña deliciosa de la Hora Santa; aquí se convierten en lágrimas de bendición, de amor, las que lloré en el desamparo de mi grey y en la fuga de mis hijos... Entre el vestíbulo y el altar, gemid, consoladores míos... tengo sed de los consuelos que me niegan los ingratos de mi propia casa...

El alma. Divino Salvador Jesús, dignate mirar con ojos de misericordia a tus hijos, que unidos por un mismo pensamiento de fe, esperanza y amor, vienen a deplorar ante tu sacratísimo Corazón sus infidelidades y las de sus hermanos culpables. ¡Ojalá podamos con nuestras solemnes y unánimes promesas conmover ese Divino Corazón y obtener de Él misericordia para nosotros, para el mundo infeliz y criminal y para todos aquellos que no tienen la dicha de conocerte y amarte!

Sí, de hoy en adelante lo prometemos todos:

Por el olvido e ingratitud de los hombres.

(Todos, en voz alta)

Te consolaremos, Señor.

Por tu desamparo en el sagrado Tabernáculo.

Te consolaremos, Señor.

Por los crímenes de los pecadores.

Te consolaremos, Señor.

Por el odio de los impíos.

Te consolaremos, Señor.

Por las blasfemias que se profieren contra ti.

Te consolaremos, Señor.

Por las injurias hechas a tu Divinidad.

Te consolaremos, Señor.

Por las inmodestias e irreverencias cometidas en tu adorable presencia.

Te consolaremos, Señor.

Por las traiciones de que eres víctima adorable.

Te consolaremos, Señor.

Por la frialdad de la mayor parte de tus hijos.

Te consolaremos, Señor.

Por el abuso de tus gracias.

Te consolaremos, Señor.

Por nuestras propias infidelidades.

Te consolaremos, Señor.

Por la incomprensible dureza de nuestros corazones.

Te consolaremos, Señor.

Por nuestra tardanza en amarte.

Te consolaremos, Señor.

Por nuestra tibieza en tu santo servicio.

Te consolaremos, Señor.

Por la amarga tristeza que te causa la perdición de las almas.

Te consolaremos, Señor.

Por las largas esperas a las puertas de nuestros corazones.

Te consolaremos, Señor.

Por los amargos desprecios con que eres rechazado.

Te consolaremos, Señor.

Por tus quejas de amor.

Te consolaremos, Señor.

Por tus lágrimas de amor.

Te consolaremos, Señor.

Por tu cautiverio de amor.

Te consolaremos, Señor.

Por tu martirio de amor.

Te consolaremos, Señor.

¡Oh, Jesús! Divino Salvador nuestro, de cuyo Corazón se ha desprendido esta dolorosa queja: “Consoladores busqué y no los he hallado”, dignate aceptar el modesto tributo de nuestros consuelos, y asístenos tan eficazmente con el auxilio de tu divina gracia, que, huyendo cada vez más, en lo venidero, de todo lo que pudiera desagradarte, nos mostremos en toda circunstancia,

tiempo y lugar, tus hijos más fieles y obsecuentes. Te lo pedimos por ti mismo, que, siendo Dios, vives y reinas por los siglos de los siglos.

(Pedidle perdón por los ingratos, que son tantos...).

Voz del Maestro. No me preguntéis, almas reparadoras, por qué vivo perpetuamente crucificado por manos de mis redimidos... El mundo ha llegado a convencerse que merezco realmente la vergüenza y la muerte del patíbulo... ¡Ay!, son, en realidad, tantos los sabios, los honrados y los poderosos que repiten con cruel tranquilidad estas palabras de mis acusadores a Pilatos: “¡Si este Nazareno no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos traído encadenado!”...

¡Ah, sí! Y porque soy un malhechor para la turba, desenfrenada en moral y en pensamiento, me condena la autoridad...; porque soy un malhechor, se me condena en los Tribunales...; porque soy un malhechor, se me flagela por la prensa...; se me trata como villano y como loco, por decreto de mis jueces... Ellos, ¡qué irrisión!, me entregan al populacho, en resguardo de los intereses nacionales... Ellos, gobernantes y legisladores, se lavan las manos, y con pleno derecho, dicen, y por razones de libertad..., de civilización y de justicia..., me condenan al destierro y a la Cruz por vías de la más estricta legalidad... Este es el gran delito de hoy, hijos míos: insultarme *con razón y con derecho*, proscribirme por dignidad y por ley de las naciones... Sigo siendo *Vermis Et Non Homo*, el gusano pisoteado de la tierra...

¡Oh, vosotros los fidelísimos, aclamadme, para acallar el grito de esa muchedumbre que, desde las alturas, asalta mi trono y quiere sortear, burlona, el manto de mi realeza..., bendecidme con amor.

El alma. Acércate, dulcísimo Maestro... y aquí, en medio de los tuyos, estrechándote tus hijos, recibe de su mano la diadema que quisieran arrebatarle los que, siendo polvo de la tierra, se llaman poderosos, porque, en tu humildad, creen injuriarte de más alto...

Adelántate triunfante en esta ferviente congregación de hermanos... No borres las heridas de tus pies ni de tus manos... No brillantes, no hermosees, deja ensangrentada tu cabeza... ¡Ah!, y no cierres, sobre todo, deja abierta la profunda y celestial herida de tu pecho... Así, Rey de sangre, así..., cubierto con esa púrpura de amor y con la túnica de todos los oprobios..., sin transfigurarte... ¡Jesús, el mismo de la noche espantosa del Jueves Santo, preséntate, desciende y recoge el hosanna de esta guardia de honor que vela por la gloria del Corazón de Cristo-Jesús, su Rey!

(Todos, en voz alta)

¡Viva tu Sagrado Corazón!

Los reyes y gobernantes podrán conculcar las tablas de la Ley, pero, al caer del sitial del mando en la tumba del olvido, tus súbditos seguiremos exclamando:

¡Viva tu Sagrado Corazón!

Los legisladores dirán que tu Evangelio es una ruina, y que es deber eliminarlo en beneficio del progreso...; pero, al caer despeñados en la tumba del olvido, tus adoradores seguiremos exclamando:

¡Viva tu Sagrado Corazón!

Los ricos, los altivos, los mundanos, encontrarán que tu moral es de otro tiempo, que tus intransigencias matan la libertad de la conciencia...; pero, al

confundirse con las sombras de la tumba del olvido, tus hijos seguiremos exclamando:

¡Viva tu Sagrado Corazón!

Los interesados en ganar alturas y dinero, vendiendo falsa libertad y grandeza a las naciones..., chocarán con la piedra del Calvario y de tu Iglesia..., y al bajar aniquilados a la tumba del olvido, tus apóstoles seguiremos exclamando:

¡Viva tu Sagrado Corazón!

Los heraldos de una civilización materialista, lejos de Dios y en oposición al Evangelio..., morirán un día envenenados por sus maléficas doctrinas y al caer a la tumba del olvido, maldecidos por sus propios hijos, tus consoladores seguiremos exclamando:

¡Viva tu Sagrado Corazón!

Los fariseos, los soberbios y los impuros habrán envejecido estudiando la ruina, mil veces decretada de tu Iglesia..., y al perderse, derrotados, en la tumba de un eterno olvido..., tus redimidos seguiremos exclamando:

¡Viva tu Sagrado Corazón!

¡Oh, sí, que viva! Y al huir de los hogares, de las escuelas, de los pueblos, Luzbel, el ángel de tinieblas, al hundirse eternamente encadenado a los abismos, tus amigos seguiremos exclamando:

¡Viva tu Sagrado Corazón!

Voz del Maestro. Os he amado hasta el exceso de un Calvario... Llegado a su cima, obedecí en silencio y me tendí en el patíbulo afrentoso... Y desde entonces, ahí estoy a merced de todos mis verdugos, los sacrílegos.

Si tantos dicen que no estoy aquí en la Hostia, ¿por qué la insultan y me hieren?... Y si creen, ¿por qué me ultrajan en este misterio en que amo con locura, en que perdono con inagotable caridad?... ¡Oh!, sabedlo: mis lágrimas han dejado huella de dolor en los caminos y en los muladares, donde he sido arrastrado en millares de profanaciones, desde el Jueves Santo... He sido pisoteado con furor...; se me ha arrojado, entre blasfemias, a las llamas...; se me ha sepultado en el fango...; he sido atravesado con puñales deicidas en antros donde se trama, con sigilo, en contra mía...

¡Ay!, se paga vil dinero y no faltan Judas que comulguen, para entregarme, con el beso de esa comunión, en manos de mis mortales enemigos... El incendio criminal ha abrasado mi Sagrario y convertido en pavesas la forma consagrada... Esto, en pago de haber dejado mi Corazón entre vosotros, para abrasar el mundo en el incendio de salvadora caridad. ¡Ah, y cuántas veces los infelices, que codician el metal dorado del copón en que os aguardo, han salteado la prisión de mis amores..., y he sido arrojado sobre el pavimento, sin tener una piedra consagrada en qué reclinar mi cabeza ensangrentada...!

Fue esta visión de horror la que hirió mi Corazón en las angustias de Getsemaní... ¡Los que pasáis, considerad y ved si hay dolor semejante a mi dolor!...

El alma. ¡Hosanna, gloria a Dios en las alturas... gloria, bendición y amor a ti, Señor Sacramentado, sólo a ti en el incomprensible aniquilamiento de tu Santa Eucaristía!

¡Que te canten los cielos, porque Tú, el Dios del Tabernáculo, eres la bienaventuranza del mismo Paraíso! ¡Que te canten, Jesús-Hostia, los campos, los mares, las nieves y las flores, panorama de belleza creado para recrear tus

ojos, cansados de llorar soledad e ingratitudes!... ¡Que te canten, dulce Prisionero, las aves y las brisas; que te canten las tempestades; que te ensalcen los sollozos del corazón humano y sus palpitaciones de alegría, a ti, el Cautivo del altar... Gloria a Dios en las alturas...; gloria, bendición y amor a ti, Jesús Sacramentado, sólo a ti, en el incomprensible aniquilamiento de tu adorable Eucaristía!

(Rendidle una completa reparación de amor por el horrendo crimen del sacrilegio con que se le hiere en el altar. Si posible, cántese el “Magnificat” con la Inmaculada en homenaje a la Divina Eucaristía).

Voz del Maestro. No os vayáis, hijos de mi Corazón, sin recoger en esta Hora Santa un desahogo de dolor, que sólo vosotros, mis fidelísimos, sabéis comprender en toda su amargura...

No es la profanación de este Tabernáculo el atentado más cruel en contra de mi soberanía conculcada; hay otro sagrario más valioso y que es consciente en el rechazo de su Salvador...: es el corazón humano... ¡Y decir que lo amo tanto!... ¡Cómo lo profanan millares de cristianos con el veneno de un amor pagano!... Ese corazón debiera ser el cáliz de todos mis consuelos..., el ara redentora de un mundo, que es infeliz porque no ama con amor de espíritu..., con el casto amor de mi Evangelio... En ese Corazón deposité mis lágrimas para purificarlo..., y luego, sacando llamas de mi inflamado Corazón, le he ofrecido mi amor para colmar sus ansias de amar y ser amado... Y no le basta esta infinita dignación de caridad... Busca a las creaturas... y a Mí me olvida en ese delirio de placer, que no es ni amor, ni paz ni vida... A Mí me deja..., y por eso, ¡pobrecitos!, tantos sufren, desgarrada el alma..., el hambre insaciable de pasiones vergonzosas... Los que tenéis sed de amar, venid..., venid a mí: Yo soy el amor que guarda las espinas para sí, y os da sus flores...; los que sentís ansias, necesidad de ser amados..., venid... y bebed hasta saciaros de la fuente de mi pecho. Hijos míos, dadme vuestros corazones, ¡oh!; dádmelos en cambio del mío Sacrosanto...

El alma. Jesús Sacramentado, ejercita en nosotros tus derechos, pues somos tus reparadores... Ven. No pidas, no mendigues... Ven. Toma con amabilísima violencia lo que es tuyo...: toma nuestros corazones... Sí, son pobres. Tú sabrás enriquecerlos...; te los damos por manos de tu dulce Madre y de tu

sierva Margarita María... Te rogamos los aceptes en demanda urgente del reinado de tu Corazón Divino... No quieras desecharlos porque un día se marcharon, cuando Tú perdonas, olvidas para siempre...

La Iglesia perseguida, nuestro hogar necesitado, los pecadores, tu Vicario, el Purgatorio de tortura purificadora, las almas de los justos, todos, todos esperamos de tu omnipotencia torrentes de gracia, prometida al homenaje de esta hora de consuelos para ti y de milagros de misericordia para el mundo...

¡Ah! Y en especial acuérdate de los que, como Gabriel Arcángel, hemos venido a darte amable refrigerio en tu agonía... Acepta sus intereses, sus penas, sus esperanzas, su vida; lo depositan todo en la llaga-paraíso que nos descubrió Longinos... Recoge ahora, Señor, nuestra oración de despedida:

Corazón agonizante de Jesús, estas almas te confían sus espinas...

Corazón amable de Jesús, estas madres te confían sus esposos y el tesoro de sus hijos...

Corazón amante de Jesús, estos peregrinos te confían su porvenir y todas sus incertidumbres...

Corazón dulcísimo de Jesús, estos pródigos te confían su debilidad y su arrepentimiento...

Corazón benigno de Jesús, estos tus amigos te confían la paz y redención de sus familias...

Corazón compasivo de Jesús, estos enfermos te confían las dolencias secretas e íntimas de la conciencia...

Corazón humilde de Jesús, estos adoradores te confían sus anhelos vehementes por el triunfo de tu amor en la Santa Eucaristía...

Corazón Sacramentado de Jesús, en ti confía el mundo, que corre desolado a refugiarse de la muerte ahí donde una lanza abrió las fuentes de la vida...

Ven, Jesús. Sé nuestro Hermano en las castas fruiciones del amor cristiano...

Ven, Jesús. Sé nuestro Rey en las tentaciones y borrascas que azotan a las sociedades y a las almas: domina el huracán desde el Sagrario... Serena el cielo amenazante, con los fulgores de paz y las ternezas de tu omnipotente Corazón.

(Padrenuestro y Avemaría por las intenciones particulares de los presentes.

Padrenuestro y Avemaría por los agonizantes y pecadores.

Padrenuestro y Avemaría pidiendo el reinado del Sagrado Corazón mediante la Comunión frecuente y diaria, la Hora Santa y la Cruzada de la Entronización del Rey Divino en hogares, sociedades y naciones).

(Cinco veces)

¡Corazón Divino de Jesús, venga a nos tu reino!

Súplica final al Sagrado Corazón de Jesús

(De Margarita María)

Escóndenos, ¡oh dulce Salvador!, en el Sagrario de tu Costado, fragua encendida del puro amor, y ahí estaremos seguros... Elegimos tu Corazón por morada, en la firme confianza que él será nuestra fuerza en el combate, el báculo de nuestra flaqueza, nuestra guía y luz en las tinieblas, el reparador de todas nuestras faltas y el santificador de nuestras intenciones y obras. Las unimos todas a las tuyas, y te las ofrecemos a fin de que nos sirvan de preparación continua para recibirte en el Sacramento de tu amor.

Para honrar tu condición de Víctima en este misterio de la fe, venimos a ofrecernos también nosotros en calidad de hostias, suplicándote que seas Tú mismo el sacrificador y nos inmoles en el ara de tu Sagrado Corazón.

¡Ah! Pero como somos tan culpables, te rogamos, Señor Jesús, tengas a bien purificarnos y consumirnos con las llamas de tu Sagrado Corazón, como un holocausto perfecto de caridad y de gracia, para obtener una vida nueva y poder entonces decir con verdad: “Nosotros nada tenemos que sea nuestro; vivos o muertos, Jesús es nuestro todo; nuestra propiedad es ser nosotros entera y eternamente de su Divino Corazón... ¡Venga a nos tu Reino!”.